

¿QUIEN DICEN LOS HOMBRES QUE ES EL HIJO DEL HOMBRE?" (MT. 16, 13)

Una Reflexión Crítica sobre "La Última Tentación de Cristo"

Xavier Echiburú Vidal
Filósofo Chileno

El debate producido en Chile por la exhibición o censura de la cinta norteamericana del año 1988, y cuya instancia definitiva se encuentra en manos de la Suprema Corte de Justicia, ha puesto sobre la mesa el tema del significado de la fe en Jesucristo, "verdadero Dios y verdadero hombre", de acuerdo a la enseñanza tradicional de la Iglesia Católica. Según lo que sabemos, el director de la obra, el ítalo-americano Martin Scorsese, venía trabajando la idea de llevar a la pantalla grande la vida de Jesús desde, por lo menos, doce o catorce años antes, como a su turno lo habían hecho realizadores de la envergadura de Nicholas Ray, George Stevens o Pier Paolo Pasolini. Incluso dentro de su propia filmografía es posible advertir ciertos indicios de su ambicioso proyecto en obras anteriores y aparentemente muy distantes temáticamente, como *Boxcar Bertha* (1972) y, más claramente, *"El Toro Salvaje"* (1980), premiado relato del itinerario de un boxeador que va de la gloria y la fama a la derrota y la soledad, y que, dicho sea de paso, termina con una cita del Evangelio de San Juan.

Nos encontramos, por lo tanto, frente a un cineasta importante, interesado en describir dramas personales y empeñado en llevar a cabo lo que él mismo denominó una "mejor aproximación a la humanidad de Cristo". En obsequio a la brevedad no es necesario insistir mucho en las dificultades no sólo, cinematográficas, sino principalmente doctrinarias y teológicas que tal desafío suponía y, aunque en principio la idea pudo estar acompañada de buenas intenciones, el resultado definitivo fue ampliamente insatisfactorio, tanto para el realizador, como para los espectadores más atentos que nos encontraron por ningún lado lo que se les había prometido, según veremos a continuación.

I. UNA COLABORACION INCIERTA

En primer lugar hay que consignar la tensión creativa existente entre el director y el guionista Paul Schrader, hombre de tendencias neo-fascistas que derivó de la teología calvinista al ateísmo militante (!). Scorsese por su parte no lo hace mejor. Es sabido que durante su juventud quiso ser sacerdote e incluso perteneció a un seminario de los Padres Jesuitas, y aunque no están claros los motivos que lo llevaron a abandonar este camino, las dudas de fe han sido compañeras permanentes tanto en su vida personal cuanto en su obra cinematográfica.

II. LA PELICULA

La película en cuestión se abre con una declaración del fallecido escritor Nikos Kazantzakis, en cuya novela está inspirado el filme. En ella reconoce que "el motivo principal de todas mis angustias y desesperaciones se encuentra en la batalla feroz entre la carne y el espíritu que tiene lugar en mi alma". Tal manifiesta debilidad, compartida a todas luces por el propio Scorsese, además de ignorar que "cuando se obra en Cristo, aun lo carnal es espiritual" (Ignacio de Antioquía, Carta a los Efesios 8,2), es lo que hace incurrir a este último en una de las tentaciones más poco originales que se puede experimentar ante la figura irreplicable de Jesucristo: interpretarla conforme a los propios gustos, anhelos y obsesiones. Por eso es que "el Redentor" que vemos aquí -a semejanza de la galería de personajes que pueblan sus cintas anteriores y posteriores a ésta- es un ser sumido en las dudas y la angustia, desgarrado por un destino que le supera y atravesado de pies a cabeza por conflictos psicológicos volitivos e identitarios. Si Martin Scorsese realizó la profunda investigación histórica que dice que hizo, y que se puede apreciar en detalles como el tipo de cruz (judía y no romana) y la posición exacta del cuerpo al padecer tal tormento, podemos preguntarnos con toda razón por qué no se tomó la molestia de consultar los datos del Evangelio (única fuente segura que tenemos de El) y de la recta teología cristiana. Es cierto que Jesús es "verdadero hombre", pero su humanidad, como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, "pertenece propiamente a la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido. Todo lo que es y hace en ella pertenece a uno de la Trinidad" (Nn. 470). Este hecho le confiere de suyo a la existencia de Cristo una profundidad para nosotros inabarcable: no es mera "persona" humana; es Dios, que se hizo verdadero hombre, lo que constituye misterio y dato fundamental de toda Cristología.

Desde aquí emerge, pues, la principal objeción que enfrenta la obra. Sabemos que desde los albores del anuncio de la Buena Nueva, la Cristología se vio amenazada, de un lado, por el peligro de negar la humanidad verdadera de Cristo (v. gr. la herejía doceta) y, de otro, por el de negar su divinidad (v. gr. la herejía adopcionista). Mucho más cercana de la segunda que de la primera, la formulación desviada que comentamos en estas páginas esconde en realidad una pretensión bastante antigua: desvincular a Jesús de su misión sugiriéndole desempeñar el papel de un mesías temporal y político, al igual que "el Padre de la mentira" al comienzo de su ministerio público dos mil años atrás (Cfr. Lc. 4, 1-13). Así, so pretexto de -dirá Scorsese- "presentar un Cristo que sea como nosotros, sujeto a las mismas debilidades para que la gente pueda acogerlo mejor", se empequeñece fatalmente una figura que si es lo es, es precisamente porque en las situaciones límite muestra y demuestra una coherencia y firmeza definitivas, propias de "una voluntad humana y una divina", que no se hallan en oposición sino que son "cooperantes, de forma que el Verbo hecho carne, en su obediencia al Padre, ha querido humanamente todo lo que ha decidido divinamente con el Padre y el Espíritu Santo para salvación nuestra" (Catecismo, Nn. 475). A mayor abundamiento digamos también que Aquél que sigue siendo maestro al cabo de veinte siglos lo es, no porque podamos proyectar en El nuestras propias inseguridades, sino porque es fuente de toda certeza; no porque lo hayamos visto debatirse entre el bien y el mal como nosotros, sino porque de El proviene la gracia para vencer el pecado.

Terminemos señalando que para los interesados en la sola confección material de esta película, sector donde se hallan sus principales defensores, quedará probablemente en la retina la hermosa fotografía de Michael Ballhaus y su nexa con la pintura expresionista alemana de Grünewald (S. XVI). Pero para los creyentes la lección que debe quedar en la memoria es muy otra: fuera de la fe y de la revelación es imposible comprender a Jesús de Nazareth, por mucho talento y buenas intenciones que haya de por medio, pues como ha escrito con sabiduría monseñor Antonio Moreno, "que personas que no tienen fe sientan, sin embargo, la necesidad de dar una respuesta acerca de la persona de Cristo es prueba que la pregunta que El dirigió a sus discípulos hace dos mil años sigue siendo la pregunta decisiva. "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (Mt. 16.13). Que ellos, al no tener la fe, den respuestas insuficientes es inevitable. Pero no es fácil de entender que personas que dicen tener la fe cristiana se contenten con esas respuestas y declaren que son un progreso frente a la fe tradicional de la Iglesia".